

Hay sólo una niña
Bajo mi ventana,
Engendro hechicero
De augur y gitana.
Contando en diez años
Diez siglos de pena;
Los ojos oscuros,
La frente morena,
Muy negro el cabello,
De grana la boca,
De vivos colores
El traje y la toca,
Los pies diminutos
Que Fidas quisiera,
Los guarda en chapines
De tosca madera.

Del pobre pandero
Que agitan sus manos,
Se visten y comen
Sus tiernos hermanos.
Con solo escucharla
Aterra y conmueve,
Y más, si la miran
Hincada en la nieve.

Por tarde y mañana,
Con hondos acentos
Que nunca sofocan
Ni lluvias ni vientos,
Se queja, solloza,
Suspira, reclama,
Y al són del pandero
Su llanto derrama.

México, Junio 14 de 1885.

Su voz me perturba
Y amarga mi día,
¡Qué acento tan triste!
¡Qué voz de agonía!
Si algún compatriota
A verme se llega,
Oyendo esos cantos
La frente doblega.
Sintiéndose triste,
Convulso y herido,
Recuerda aquel suelo
Alegre y florido.
Sus vírgenes selvas,
Sus prados, sus montes,
Y el azul eterno
De sus horizontes.
Con llanto en los ojos,
El alma turbada,
Muy lejos teniendo
La patria adorada:
¡Qué voz! — me repite —
¡Qué acento! ¡qué grito!
Sollozo de angustia,
Clamor de proscrito,
Lo más pavoroso
Que en notas existe;
¡Qué agudo! ¡Qué lento!
¡Qué amargo! ¡Qué triste!
¡Oh Dios! ¿quién se queja?
¿Quién llora? ¿Quién grita?
Es que está cantando
La Saboyanita.

JUAN DE D. PEZA.

ORANDO.

El faquir torpe y estulto
Ante el idolo de piedra,
Entre las sombras oculto,
Siente el éxtasis del culto
Y el infinito que arredra.

Pero el Dios solemnemente,
Parece callado entonces;
Y en la extensión de la nave
Da del misterio la clave
El oráculo de bronce.

Junio de 1885.

Hay algo en la voz tonante
De la tempestad que aterra,
Del alud, que va gigante,
Cual bólido deslumbrante
Hasta el seno de la tierra.

Cesa el místico lamento
Y vuelve a reinar la calma:
Y el faquir siente ese aliento
Con que sueña el pensamiento
La inmortalidad del alma.

JULIO ESPINOSA.

EN LA MUERTE DEL INSPIRADO POETA MANUEL M. FLORES.

Cerró sus ojos á la luz del día,
Su labio enmudeció, la abierta fosa
Guarda ya sus despojos, y medrosa
Repite el aura el ¡ay! de su agonía.

Ya no vibra la mágica armonía
De su plectro divino, ni amorosa
Resonará la trova cadenciosa
Llena del fuego en que su pecho ardía.

Pero su nombre quedará grabado
En nuestras almas, con afecto tierno,
Que es dulcísima y grata su memoria,

Y de esplendor y aplausos coronado
Será de Flores el renombre eterno,
Que es del parnaso mexicano, gloria.

Puebla, Mayo de 1885.

IGNACIO PÉREZ SALAZAR.

CONFIDENCIA.

Quieres, niña, saber por qué suspiro
Y tengo llena de tristeza el alma;
Quieres saber los íntimos pesares
Que oculta siempre mi sonrisa amarga.

Quieres que te revele sin reserva
El por qué de mi afán y de mis lágrimas,
La eterna palidez de mi semblante,
De mis ojos sin luz la débil llama.

¡Ah! no sabes que pides á mis labios
La triste confesión escrita en páginas
Que sólo ver pudieras, asomándote
Al abismo sin límites de mi alma.

No sabes que me pides un secreto;
Una historia de amor que, al recordarla,
Siento temblar el corazón cobarde
Empujando á mis ojos muchas lágrimas.

No me preguntes más, porque la herida,
La herida, sí, con el recuerdo sangra;
Deja que oculte mi pesar profundo;
Deja que lllore á solas mi desgracia.

Déjame sonreír para que nadie
Adivine que, oculto con la máscara
Desengaños, dolores y tormentos
Que trajeron perdidas esperanzas.

Tú no puedes hacer que del olvido
La noche cubra mi desdicha amarga,
Tú no puedes borrar la triste huella
Que nos deja el amor cuando se acaba.

Entre los dos ¡oh niña! del pasado
Una sombra funesta se levanta;
¡Imposible es amarnos! ¡no me culpes!
Ni pongas el enojo en tu mirada!...

Guarda en el corazón como un perfume
De tu cariño la naciente llama;
¡Ya no pienses en mí!... yo te lo ruego,
De gratitud estremecida mi alma.

Junio de 1885.

ANTONIO DE P. MORENO.

REVISTA DE MODAS Y SALONES.



Uo siempre los españoles hemos de guardar nuestros elogios para los artistas extranjeros, y buena prueba de esta verdad nos ofrece el público madrileño, tributando entusiastas aplausos al tenor Antón, nacido en Guadalajara.

Después de su brillante beneficio en el Real, nuestras más aristocráticas casas solicitan la presencia en sus salones del simpático artista, y el señor duque de Pastrana reunió há pocas noches á sus íntimos, á fin de que tuvieran ocasión de oír al señor Antón. Los aplausos no escasearon, y los aficionados no olvidarán fácilmente tan agradable velada.

Actualmente el celebrado tenor se halla en Guadalajara descansando de las fatigas inherentes á la vida artística, para pasar después á esta capital.

Brillante sobre toda ponderación fué, según nos escriben de Sevilla, la fiesta dada por la reina doña Isabel en el Real Alcázar sevillano, en ocasión de celebrarse la tan famosa feria de aquella localidad.

Fastuosamente iluminado, rebosando flores y perfumes, el palacio árabe recordaba con pasmosa fidelidad las soberbias fiestas de los cuentos orientales. Nada menos que seiscientas personas poblaron los magníficos salones del Alcázar, empezando la fiesta á las diez y terminando á las dos de la madrugada.

El traje que vestía la augusta madre de nuestro monarca era de gró blanco con grandes ramos, y el aderezo de brillantes.